EL PROBADOR

por Pedro Montero

Cuando las luces y los ruidos desaparecen. Cuando compradores y empleados abandonan los grandes almacenes de la ciudad, un extraño ser, oculto en los sótanos, se convertía en dueño y señor de la noche.

Qué alegremente entráis en el probador con la prenda elegida seguros de que vuestra personalidad va a transformarse por el simple hecho de acomodar a vuestro cuerpo la camisa favorecedora o el pantalón de moda. Decenas de cubículos a izquierda y derecha de zigzagueantes pasillos. Elegís uno de os más alejados para tomaros todo el tiempo del mundo observando el caer del tejido sobre vuestro cuerpo sin considerar que, cuanto menos tiempo permanezcáis en el probador, menos probabilidades existen de contraer una depresión al constatar que en nada se asemeja vuestra imagen a la de los esbeltos maniquíes del escaparate. El espacio es angosto, las opresivas paredes de carácter rugoso, la luz ingrata, la atmósfera asfixiante, los pestillos de las puertas se traban fácilmente pudiendo convertir el incómodo habitáculo en panteón perpetuo y, finalmente, los espejos, los amplios espejos, tienen la superficie alabeada y un tono grisáceo que os devuelve una imagen aterradora de vosotros mismos. No obstante, con qué ligereza procedéis a probaros un jersey ajenos a los peligros que tal acción puede desencadenar. Mientras permanecéis con la cabeza introducida en la prenda de lana puede fácilmente ocurrir que, en esa sofocante oscuridad, toméis por escote lo que es la salida angosta de una manga y os empeñéis en sacar la cabeza por aquel extremo sin ningún resultado. Puede también pasar que os extraviéis en las profundidades del pulóver, como le ocurrió al primo de un famoso novelista, y no volváis a encontraros jamás. Pero esto sólo suele pasarles a los muchachos inexpertos, porque los más avisados recogen cuidadosamente la prenda y procuran que ya desde la entrada se vea la salida; introducen su cabeza en la sima y tiran de los extremos con sus manos a la vez que alargan el cuello levantando el rostro hasta que el jersey queda perfectamente encajado.

¿Quién os dice a vosotros, por otra parte, que en el pantalón que os disponéis a vestir y que ha sido fabricado con sutiles hebras de lino procedentes del ardiente Egipto no anida una camada de arañas venenosas? ¿Quién asegura a las jovencitas que los pies que pueden verse por la parte de abajo pertenecientes al vecino de cubículo no son

las extremidades de un presunto violador que, cuando ellas tengan las piernas embarazadas y semiintroducidas en las perneras del pantalón vaquero, va a deslizarse reptando por el suelo y poseerlas in situ? ¿Quién puede convencer a las timoratas de que el que empuja pertinazmente la puerta es otro cliente que piensa que aquel departamento está vacío, en lugar de un impaciente asesino urgido por sabe Dios qué horrendos pensamientos? ¿Quién me asegura a mí, que, cuando levante el brazo para estirar convenientemente una manga, no va a desencajarse suavemente la rejilla del aire acondicionado situada en el techo y una mano peluda y provista de afiladas garras va a aferrar la mía? ¿Cómo puedo saber que, cuando camino pasillo adelante, el hombre que sale de un probador lejano y va a cruzarse conmigo dentro de unos segundos no va a hacer un extraño al pasar encogiéndose a mi lado y no va a clavarme un tremendo cuchillo en el vientre? ¿Qué certeza puede tener nadie de que, de pronto, no comience a invadir el probador un fulminante gas venenoso y cuando el infeliz cliente se abalance angustiado sobre el pestillo éste no va a girar en absoluto?

Así pues, la próxima vez que os veáis forzados a entrar en un probador, considerad que se trata de un sitio potencialmente peligroso, y, además de tomar todas las precauciones que son del caso, no permanezcáis dentro más que el tiempo estrictamente necesario. De lo contrario podría ser que lo lamentaréis infinitamente.

—Estamos a punto de cerrar —dijo la dependiente—. Sólo faltan dos minutos para las ocho.

Gloria pensó que era una verdadera lástima desaprovechar aquella oportunidad. La gabardina parecía de buena clase, y aunque el cinturón no acababa de aparecer, estaba dispuesta a llevársela si le caía bien.

—Pruébesela aquí mismo —rogó la empleada—. Puede mirarse en ese espejo.

Gloria esbozó un gesto de desagrado y rogó a la antipática vendedora que buscara el cinturón.

—¿Quiere que me pruebe aquí también los pantalones? —preguntó molesta por la falta de consideración.

Seguramente a la salida de la puerta de personal habría un novio hortera y de pose chulesca esperando a aquella escuálida belleza de extrarradio, y la zafia dependienta no estaba dispuesta a perderse ni un minuto de manoseos y achuchones con el adonis suburbial.

—Lo siento, pero voy a cerrar la caja —dijo con desconsideración plegando los pantalones y colgando la gabardina.

Gloria hizo una mueca despectiva y se dirigió a la escalera mecánica, pero cuando la empleada se había alejado convenientemente, volvió sobre sus pasos, y con gesto casual, tomó los pantalones y se encaminó hacia el probador con toda naturalidad. Por lo menos iba a comprobar que eran de su talla, así por la mañana podría venir a tiro hecho.

En la sección de probadores ya no había nadie. Caminó por el angosto pasillo dejando atrás puertas a derecha e izquierda, dobló por el corredor y entró en el último de los minúsculos cuartos. Sabía de sobra que el público tardaba más de media hora en desalojar la tienda desde la hora oficial de cierre.

Echó el pestillo y comenzó a despojarse de la falda. El tubo de neón situado sobre su cabeza debía de estar a punto de agotarse a juzgar por las fluctuaciones que experimentaba la ingrata luz lechosa. Alguien había escrito una grosería en una de las paredes del probador y Gloria se aproximó tratando de leerlo, pero contrariamente a toda previsión no se trataba de ninguna ordinariez. A la luz de aquellos molestos relámpagos comprobó que lo escrito eran tan sólo unas palabras garrapateadas que apenas se entendían. Acercándose más leyó: «Ayuden… Estoy… por favor… soc…». La última letra termina en un largo trazo como si la anónima escritora se hubiera visto sorprendida in fraganti en su tarea.

Mientras iba desvistiéndose, se preguntó por qué había atribuido aquel escrito a una mano femenina, siendo así que los probadores eran mixtos, y volviendo a agacharse comprobó que existía una razón para tal suposición: las palabras estaban trazadas con lápiz de labios.

La música ambiental se extinguió, y los rumores del público comenzaron a hacerse más escasos. Gloria se sentó en el taburete fastidiada: no había contado con que para probarse el pantalón vaquero tenía por fuerza que descalzarse. De todas formas había tiempo de sobra. De vez en cuando se oían carcajadas, sonido de cajas registradoras en la lejanía, murmullos de máquinas y una musiquilla muy lejana de algún piano callejero.

Por fin consiguió deshacer el nudo del cordón de sus zapatillas deportivas, y una vez descalza, procedió a vestir el pantalón.

El ambiente sofocante y el esfuerzo por deshacer el nudo la habían hecho transpirar de tal modo que tuvo serias dificultades para encajar los vaqueros, y cuando finalmente lo consiguió, pudo comprobar que le estaban estrechos de cintura. Se miró detenidamente en el defectuoso espejo a la luz intermitente del neón, pero por más que contuvo la respiración hubo de admitir que la prenda no era de tu talla.

De nuevo al fatigosa operación de desvestirse y volverse a vestir.

Súbitamente se hizo un silencio sepulcral. Gloria levantó la cabeza y comprendió que lo que había sumido el ambiente en aquella gran quietud era el cese de la ventilación por aire acondicionado. Al no oír murmullos ni ruido de pasos miró su reloj, y comprobó sorprendida que llevaba en el probador cerca de cuarenta y cinco minutos. El único rumor que no parecía hacer cesado era el del piano callejero, aunque ahora no estaba segura de que el lejanísimo teclear procediera del exterior: no parecía demasiado congruente que el anónimo músico tuviera la pretensión de obtener dinero de los viandantes interpretando la tocata y fuga en re menor de Bach. Demasiado solemne.

Una vez que se hubo vestido miró alrededor para comprobar que no se dejaba nada y apagó la luz harta de aquella serie de desagradables relámpagos. Tanteando con la mano asió el pestillo mientras procuraba inventar una excusa para el caso de que alguien le preguntara de dónde venía: lo más plausible era decir que se había quedado encerrada en el probador y que nadie había oído sus llamadas.

Satisfecha de sí misma oprimió el mecanismo que desbloqueaba el pestillo y advirtió con cierta inquietud que no funcionaba. Sonrió para sí haciendo una llamada general a la calma de su sistema nervioso y volvió a intentarlo, aunque el resultado fue el mismo.

Levemente alarmada, tanteó la pared en busca del pulsador de la luz, pero los esfuerzos por desbloquear la puerta habían hecho que se moviera del sitio, y estaba bastante desorientada dentro de lo que permitía la estrechez del cubículo. Situándose frente a la puerta procuró recordar la altura a la que se encontraba el interruptor, pero, por más que su mano recorrió la pared, no hubo forma de encontrarlo.

Aunque le entraron deseos de gritar pidiendo ayuda, se contuvo pensando que se encontraría en una situación completamente ridícula, de igual forma que cuando un invitado a una fiesta se queda encerado en el cuarto de baño y tiene que venir todo el mundo a rescatarlo. Por otra parte, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, que no era completa: hasta el probador llegaba la débil claridad de alguna bombilla encendida a unos metros de distancia, probablemente en el pasillo.

Cuando transcurrieron unos minutos comprobó que podía ver lo suficiente para localizar el interruptor, que se encontraba al lado contrario del que ella había supuesto. Lo pulsó de inmediato, aunque, sin resultados. Volvió a oprimirlo repetidas veces, pero, o bien el alumbrado general estaba cortado, no habiendo quedado más que aquella luz de emergencia cuya mortecina claridad le llegaba, o bien el tubo de neón estaba definitivamente fundido.

Buscó un objeto contundente para golpear el pestillo y tratar así de desbloquearlo, sin embargo, lo más sólido que encontró fue un pequeño espejo que guardaba en su bolso de lona. En los colgadores no había ninguna percha, y la idea de golpear con un zapato quedaba descartada en vista de la fragilidad de las playeras que no harían más que rebotar. De todas formas, y en vista de que la situación se iba complicando, optó por despojarse de uno de los zapatos y comenzó a dar golpes en la puerta sin atreverse todavía a gritar, pero como nadie acudía a su llamada empezó a considerar la posibilidad de pedir auxilio.

«¿Qué decir?» —se preguntó. ¿Debería dar los clásicos gritos de «socorro, auxilio» o sería eso exagerar la nota? En realidad no se encontraba en ningún peligro inminente, y los alaridos podrían alarmar a los vigilantes, únicas personas que debían de quedar en los almacenes a juzgar por la hora. Seguramente lo más indicado era decir «por favor» o «me he quedado encerrada».

«¡Por favor!» —gritó, pero estaba tan fatigada por los esfuerzos y por el calor reinante que su voz resultaba ronca y apenas audible. Hizo acopio de todas sus fuerzas y gritó de nuevo, esta vez con más potencia: «¡Ayúdenme!… Estoy encerrada… ¡Por favor!… ¡Socorro!».

De súbito dos ideas vinieron a su mente: la segunda era que en el bolso tenía una caja de cerillas. La buscó afanosamente, y encendiendo una de ellas, se agachó para buscar la confirmación de la primera. En efecto, por una azarosa casualidad había repetido las mismas palabras que alguna otra mujer escribiera con lápiz de labios en la parte baja de una de las paredes.

Tras diez minutos de pedir socorro sin que nadie viniera a prestárselo, se sentó sudorosa en la pequeña banqueta de skay y determinó salir de allí por sus propios medios.

Descartó el encaramarse a la banqueta y probar fortuna por la parte de arriba; las paredes se interrumpían antes de llegar al techo, pero el

espacio que quedaba no era lo suficientemente ancho para permitir el paso de un cuerpo. Unicamente consentía una cierta ventilación y el paso de la mortecina claridad que alumbraba la diminuta habitación.

Se tendió en el suelo y calculó la amplitud de la abertura bajo la puerta. Era probable que por allí cupiera, de manera que, extendiéndose todo lo que la estrechez del probador le permitía, sacó las piernas al pasillo experimentando una sensación de alivio. Siguió reptando boca arriba y, cuando ya tenía fuera la mayor parte del cuerpo, comenzaron a invadirle serias dudas acerca de si cabía su cabeza por la angosta abertura. «Por donde cabe el cuerpo cabe la cabeza», ¿o era al revés?

Volvió a introducirse por completo en el probador e intentó salir de nuevo, esta vez con la cabeza por delante, pero, como había sospechado, el refrán se formulaba al revés, y parecía claro que, por más que aplastara su mejilla contra el suelo enmoquetado, no había nada que hacer.

La última y obligada solució0n era tenderse lo más cómodamente posible y esperar la mañana, suponiendo que tuviera la suficiente serenidad para hacerlo sin sufrir un ataque de nervios o un sofocón a causa del calor reinante. Su último pensamiento antes de caer en un pesado sopor fue para la inscripción de lápiz de labios. Suponiendo que alguna otra muchacha hubiera sufrido su misma experiencia, ¿qué le había llevado a escribir unas palabras de auxilio en la pared del probador?

Se despertó inquieta con la espalda dolorida, y antes de abrir los ojos percibió aliviada que la temperatura había bajado.

Permaneció inmóvil un instante y luego miró el reloj esforzando la vista; las tres menos cuarto.

De encontrarse a gusto, pasó a notar que el frescor del ambiente iba haciéndose excesivo. Una corriente de aire helado entraba por alguna parte. Se puso de pie y levantó un brazo tratando de llegar a la rejilla del techo. ¿Se habría puesto en marcha el aire acondicionado? Pero el frescor no procedía de aquel enrejado, por lo menos no solamente. Era como si se hubiera abierto la puerta de un sótano o de una cava, y la gélida atmósfera, propia de los lugares subterráneos, invadiera el ambiente. Incluso podía percibirse un cierto olor a moho y a aguas estancadas. Y aquella música.

Era algo que no había cesado desde que se quedara encerrada en el probador. El misterioso pianista, o virtuoso del órgano, cosa que a veces no era posible distinguir, hacía incursiones en otras fugas, pero indefectiblemente regresaba siempre a la denominada en re menor.

Ahora la melodía llegaba más claramente, como si estuviera más cerca o alguien hubiera abierto la puerta de comunicación con el sitio donde se encontraba el pertinaz melómano, porque de lo que Gloria ya no tenía dudas era de que aquel sonido procedía de alguna parte del edificio, de algún lugar detrás de la pared del fondo de los probadores.

¿Se trataba acaso de un disco que alguien había olvidado en un tocadiscos automático yéndose sin desconectar el aparato? Sólo así podría explicarse la recurrencia a la misma melodía y a otras variaciones que Gloria no podía identificar. Sea como fuere, aquella música empezaba a atacar sus nervios. Mañana, cuando algún empleado le abriera la puerta…

Un violento escalofrío ante lo que acababa de descubrir vino a sumarse a los que le provocaba la gélida corriente de aire: mañana nadie entraría en los probadores, ni pasado tampoco, porque como comprobó procurando serenar sus pensamientos, mañana, hoy ya en realidad, era día festivo, y pasado mañana domingo.

La perspectiva de tener que pasar el largo fin de semana en aquel sepulcro enmoquetado heló la sangre en las venas de la muchacha que, poniéndose en pie de un salto y aferrando el pomo de la puerta comenzó a dar tirones con gran vigor.

Como todos sus esfuerzos fueran nuevamente baldíos, perdió la serenidad, y golpeó contra la puerta con toda la potencia de que era capaz. Iba a morir de sed, pensó aterrada. ¿Cómo era posible que alguno de los vigilantes nocturnos al pasar en su ronda cerca de los probadores no oyera los gritos y los golpes? Cayó en la cuenta de que el edificio tenía cegadas sus ventanas y probablemente, los únicos huecos al exterior en los pisos altos eran las salidas de incendio, inexpugnables desde fuera y fáciles de abrir desde dentro. Así pues, con la certeza de que los únicos intrusos posibles sólo podrían penetra por la planta baja, los vigilantes se limitarían una vez efectuado un recorrido general al principio de la noche, a permanecer cerca de las puertas de acceso a los almacenes. ¡Nadie pasaría cerca de aquella celda hasta dentro de dos días!

Perdida ya toda la sangre fría, Gloria golpeó la puerta con pies y manos durante varios minutos y, finalmente, cayó al suelo rendida.

El sudor iba evaporándose sobre su cuerpo de forma malsana en el frescor de la corriente, y la muchacha se acurrucó para protegerse. Pasó sus brazos en torno a las piernas flexionadas y fijó sus ojos en un punto indefinido de la pared dispuesta a concentrarse en su comprometida situación. Si había alguna salida ella tenía que encontrarla.

De pronto se dio cuenta de que la maldita música había cesado, y experimentando un estremecimiento a todo lo largo de su espina dorsal. Supo que ya no estaba sola. Alguien la observaba sigilosamente desde la oscuridad.

Levantó la cabeza deteniendo sus ojos en la rejilla de la ventilación. Unos golpes blandos y acompasados (¿un gato?), resonaban en el techo, y dos pupilas como dos ascuas brillantes tachonaron de súbito la negrura de la celosía.

Sin considerar que podía tratase de la tan anhelada ayuda, Gloria prorrumpió en alaridos de terror, al tiempo que aquellos ojos desaparecían de la reja. Se hizo un denso silencio cuando la muchacha cesó en su s gritos, y durante unos instantes tan sólo se escuchó un levísimo pero continuo crujido como si alguien estuviera tratando de descorrer un cerrojo oxidado.

Gloria se abalanzó sobre su bolso, y buscando con mano temblorosa su lápiz de labios, escribió precipitadamente y casi a ciegas un urgente testamento sobre la madera de la puerta: «Ayúdenm… socorro… está…».

Con un ruido formidable, con un estruendo rayano en lo descomunal, la pared del fondo del estrecho cubículo cedió en dos batientes que se retiraron hacia atrás con la velocidad del rayo. Una atmósfera turbulenta y helada penetró con la fuerza de un huracán, al mismo tiempo que las notas de la tocata y fuga en re menor, distorsionadas por los terribles

torbellinos que invadían el ambiente desde las tinieblas, resonaron con un volumen ensordecedor. De pronto una horrible figura se delineó al otro lado de la pared corrediza y, lanzando un alarido terrorífico, Gloria se desplomó inconsciente sobre la blanda moqueta de la pequeña habitación.

El extraño ser de facciones hieráticas y demasiado perfectas penetró en el probador y , tomando a Gloria en sus brazos, dio media vuelta internándose de nuevo en las tinieblas, al tiempo que resonaban horrísonas las notas del órgano. Tras él, la pared volvió de nuevo a su habitual emplazamiento, y al cabo de unos instantes, el pequeño cubículo recuperó su inocente aire cotidiano.

El repulsivo ser penetró en un ascensor acristalado que súbitamente se precipitó en el abismo conduciéndole a simas insondables. La horrenda figura, que mantenía a la muchacha en sus brazos, cruzó a bordo del elevador varias plantas, dejó atrás el piso subterráneo, atravesó los tres aparcamientos del subsuelo, cruzó a velocidad de vértigo la sala de mantenimiento y control y solamente se detuvo en la zona más profunda del edificio: la planta destinada a la calefacción y al aire acondicionado.

La nauseabunda aparición cruzó aquel inmenso ámbito con la muchacha en brazos, y al llegar al final de la gran nave, penetró por una estrecha puerta disimulada en el muro, sobre la cual un cartel advertía en gruesos caracteres rojos: «No pasar. Cloacas. Peligro».

En aquella especie de gran cueva débilmente iluminada, Gloria recuperó el conocimiento y se sintió morir. Cuando sus ojos se fueron acostumbrando a la tenue luz reinante en aquel abismo, vio que la fantasmal aparición se aproximaba a un oxidado equipo estereofónico, y al cabo de unos instantes los compases de la fuga de Bach inundaron el ambiente.

La muchacha recorrió con su vista la cueva y comprobó que estaba someramente amueblada, como si alguien hubiera hecho de aquello un cubil un o un refugio secreto donde pasar sus horas muertas. Un pestilente río subterráneo cruzaba la espelunca, y sus putrefactas aguas fosforescentes contribuían a acentuar el clima de pesadilla.

Con gran espanto vio que la repulsiva aparición se aproximaba hacia ella. Se encogió todo lo que pudo arrimándose a la pared rocosa y allí se dispuso a esperar a su ya cercano fin, pero el monstruo se detuvo a una distancia prudencial. Sus ojos eran bellísimos, la línea de su nariz estrictamente clásica, su perfil digno de un apolo griego, pero cuando habló con voz ronca dirigiéndose a Gloria, sus bien delineados labios no se movieron en absoluto.

—Es cierto que mi rostro no responde a estas clásicas líneas que contemplas —dijo lentamente la fantasmal aparición—, pero su visión podría turbarte en exceso, ya que aún no estás preparada para ello. No temas —continuó la pesadilla— no voy a hacerte ningún mal.

—¿Va … va a dejarme marchar? —logró articular dificultosamente Gloria.

—He esperado demasiado tiempo desde la última vez —repuso el monstruo—. Desde el primer instante en que te vi desnuda en el probador supe que me estabas destinada, pero era preciso esperar a la quietud de la noche para celebrar esta gozosa unión.

—¿Me dejará marchar? —repitió balbuciente la muchacha.

—El tiempo es el maestro más sabio, querida —manifestó la voz detrás de la perfecta careta—. El es el que nos conforta y hace que terminemos por acostumbrarnos a las más difíciles situaciones. Cura toda clase de heridas, o casi todas —añadió con voz lastimera acariciando suavemente la favorecedora mascarilla.

Y diciendo estas últimas palabras, abatió una gran cortina detrás de la cual aparecieron docenas de maniquíes de cartón de esbeltas proporciones.

—¿Quién es usted? —preguntó Gloria aterrada—. ¿Qué pretende? Le advierto que he dejado un mensaje en el probador.

—Todas lo dejan —dijo el enmascarado melancólicamente—, pero las mujeres de la limpieza se encargan de borrar tan leves esperanzas. Yo pensé que tú eras diferente —añadió.

—¿Yo? —dijo la joven

—Te he observado repetidas veces entre los cientos de muchachas que a diario acuden a los probadores, y tu cuerpo es perfecto, tus medidas exactas, tu cabello bellísimo —explicó aquella extraña sombra—. Eres mi musa —concluyó con un suspiro.

—¿Quién es usted? —repitió Gloria temblando— ¿Dónde estamos?

—En cuanto a tu primera pregunta —repuso el misterioso ser—, la formulación adecuada es: ¿quién era yo? Respecto a la segunda sólo puedo decirte que nos encontramos en algún rincón de este templo de la moda que tan bien conoces—. Y como Gloria permaneciera silenciosa añadió: Mi nombre es Tomaso, y mi profesión diseñador de modas y modelo —confesó la figura con un hondo dolor en su voz.

—¡Tomaso Bertini! —exclamó sorprendida Gloria—. ¿No desapareció abrasado en el incendio de las Galerías Bambola?

—¡Ardí! —gritó Tomaso con voz melodramática—, pero para mi desgracia aún continúo vivo, aunque tremendamente desfigurado. Aquella diabólica mujer provocó el espantoso incendio en que se consumieron mi belleza y mis ansias de vivir. Sí —continuó reflexionando el desfigurado diseñador— Vanessa, la más hermosa de mis maniquíes, una tailandesa de ojos rasgados, se vengó de esta forma de mis inocentes devaneos sentimentales.

Gloria escuchó el relato fascinada y aterrada a la vez. Mientras el dolorido fantasma continuaba hablando, ella inspeccionó detenidamente la cueva, y sus ojos fueron a parar sobre los numerosos maniquíes que yacían en el suelo. Todos tenían formas de mujer, y algunos estaban ya deshaciéndose debido sin duda a la humedad ambiental. Trató de localizar con la vista alguna salida sobre la que abalanzarse en un descuido del monstruo, y a fin de distraerle estimuló su conversación.

—¿Devaneos sentimentales? —preguntó fingiendo un súbito interés.

—Alucinaciones enfermizas de Vanessa —comenzó el habitante de aquel reino subterráneo—. Me sorprendió con Alberto Caruso en una actitud que ella creía comprometedora, y sus terribles instintos orientales salieron a flote. Maquinó lentamente su venganza, y una noche en que diseñaba sobre su adorable cuerpo un vestido de baile, me arrojó al rostro una botella llena de ácido corrosivo, y acto seguido incendió el taller. Yo pude salvarme de milagro —prosiguió—. Gracias a mi habilidad

como diseñador construí esta mascarilla, y desde entonces sobrevivo en estos abismos sin dar descanso a mi vena creativa.

El olor procedente de aquel inmundo riachuelo, seguramente una cloaca llena de materias fecales, hacía irrespirable el ambiente. Gloria continuaba el minucioso estudio de las paredes, y en cierto momento le pareció que en el extremo derecho de la cueva había una puerta entreabierta. El único problema era que no podía adivinar si conducía al exterior o era solamente paso para otra sección del subterráneo.

—Tú serás esta noche mi modelo —manifestó el que había sido Tomaso con voz soñadora.

—Sí —repuso la joven deseosa de ganar tiempo.

El ex-diseñador se levantó del aparatoso sillón donde había permanecido sentado, y con un gesto invitó a Gloria a que hiciera lo mismo. La joven no se hizo de rogar, y fue conducida hasta una pequeña tarima a la que el monstruo le pidió que subiera

Las otrora bellas manos se aproximaron al cuerpo de Gloria con intención de despojarla de sus ropas, pero la muchacha, que había trazado un posible plan de fuga, se anticipó a los deseos del desfigurado Tomaso y se desnudó completamente sin ofrecer resistencia.

—Vanessa —musitó él.

Tomaso pasó una cinta métrica por el contorno de la joven, y procedió a colocar sobre el cuerpo suaves telas que, con pasmosa habilidad, fueron convirtiéndose en un hermoso vestido de baile merced a los diestros movimientos y a las sabias puntadas que trenzaban las manos del desgraciado ser.

Una vez concluida la obra, Tomaso se retiró unos pasos y la contempló extasiado.

—Vanessa… oh, Vanessa —murmuró.

—Me… me llamo Gloria —dijo con timidez la joven.

—Vanessa… —repitió el fantasmagórico ser.

—¿Qui… quiere que le haga un pase? —preguntó ella temblando.

—¿Cómo? —dijo la sombra.

—Un desfile —explicó la muchacha.

—Será un placer, querida —repuso el antaño gran diseñador.

Con gran elegancia de movimientos, Gloria descendió de la tarima, y comenzó a pasear delante de Tomaso adoptando las poses propias de una consumada modelo.

A cada vuelta en torno al sillón en el que se encontraba el malaventurado creador, la joven procuraba alargar la longitud de la circunferencia que iban trazando sus pies.

—Oh, Vanessa —susurraba el engendro cruzando sus carcomidas manos.

Gloria continuó ampliando el área del círculo en cuyo centro se hallaba el monstruo, y, cuando consideró que estaba ya lo suficientemente alejada, emprendió una veloz carrera hacia la puerta entornada.

El repugnante diseñador se levantó como impulsado por una rayo y corrió tras la joven, pero no pudo impedir que ésta llegara con considerable ventaja a la puerta y la cruzara como una exhalación.

Una vez del otro lado, Gloria aferró el pestillo, y con un movimiento brusco intentó echar la llave, pero decididamente no estaba de suerte con

las cerraduras, porque tampoco ésta funcionó en absoluto. Se volvió aterrada y pudo ver que al fondo de la estancia había una escalera. Corrió hacia ella al tiempo que el monstruo entraba en la habitación, mas se vio forzada a detenerse antes de poder subir ningún peldaño. Las decenas de jóvenes degolladas y en avanzado estado de descomposición formaban una horrenda muralla que no era posible franquear.

En aquel momento, el Fantasma de los Grandes Almacenes se aproximó hasta ella, y sujetándola con sus horribles manos, introdujo repetidas veces un afiladísimo cuchillo por el costado derecho de la infortunada joven. El maravilloso vestido de baile se cubrió de florones sangrientos al tiempo que la bestia de maldad musitaba suavemente al oído de la agonizante;

—Vanessa… mi querida Vanessa…

Por último el fantasma se desprendió de su máscara y aplicó un nauseabundo orificio desprovisto de labios sobre la boca de su víctima, que se llevó al más allá, indeleblemente grabada en su retina, la imagen de una faz tan horrenda como jamás ser humano ha contemplado.